

Alberto Baeza Flores

Soledad de la poesía de Chile

CHILE PAÍS DE LARGURA



CHILE, limitado por el mar y la cordillera, se tiende en dramática playa y conversa, en su delgadez, un lenguaje un tanto particular entre el silencioso lenguaje americano.

No sabe, en este trance afligido y apretado, de términos menores y todo en él—su lágrima y su risa—se me aparecen hondamente abultados. Cuando él quiere llorar lo hace de un modo subterráneo, el más feroz, el más doliente, y cuando ríe siempre termina en algo trágico. En la aparente alegría de su alma hay siempre una encerrada angustia, o bien una crecida nostalgia. ¿De dónde nace esta ola doliente y torturada? ¿Acaso de su bravío y nocturno río araucano? ¿Acaso de su esforzado río español? ¿Acaso de la nueva naturaleza capaz de moldear en el choque de dos razas un alma nueva y una sensibilidad distinta?

«Participa el agua las cualidades buenas o malas de las venas por donde pasa, y el hombre las del clima donde nace», escribe Gracián.

Nunca será suficiente porfía, el cargar, en mucho, al mar infinito, a la montaña que parece aislarlo hasta la eternidad, la condición callada, de alma adentro, que presentan la tierra y sus habitantes casi al sur del mundo.

Hablo del alma más ideal, del ejemplo mejor, y de ese secreto corazón que es preciso descubrirle a la tierra.

No hay sino ese encerrarse en sus últimos sótanos, en la seguridad, el chileno, que de allí ha de nacer el hombre con toda su virtud y su experiencia. Si la tierra obliga a veces, la tierra, en Chile, obliga siempre. Obliga a vida íntima, a encerrarse en sí, a andar por la vida como un orbe sin posible reposo. El chileno se desequilibra en su tierra angosta y larga. Y sale, con su alma silenciosa, a no ver sino el mundo, a que no le suceda, como uno de sus mejores soñadores quería, nada más que la vida.

Parece que toda la tierra se cerrara en él. A veces la tierra lo obsede, y tanto le falta que lo ahoga y termina por empujarlo al mar. El mar es la salida de este abrazo terrestre que lo asedia. Va de un extremo a otro de su largo país. Corre desde sus desiertos en los fines del trópico—hasta sus cabos del sur donde la noche es más misteriosa y las estrellas—al fin del mundo—están más cerca de su corazón. Sale siempre, como el viejo marino al viaje de su alma y de su mundo. Y termina—fatalmente—por sentir ese largo llamado de su extensa tierra. Termina por ir a ella, por entenderle su lenguaje como el hijo pródigo—en Rilke—para tomar de una vez por todas, y para siempre, su pasado. Vuelve por indudable llamado, y cuando muere, nunca sabe si ha sido el mar quien ha superado en él a su tierra, si ha sido su tierra final quien ha cobrado la victoria sobre el infinito mar.

Niño, al fin, con la sabiduría y el silencio asombrado del niño, sólo ve que olas de tierra y olas de mar luchan en su vida. Sólo es capaz de sentir esta lucha bajo su alma y en medio de su fatalismo mayor, producir de pronto la gran creación, el gran sueño, o simplemente, la completada curva de su vida a través de las tierras.

Parece cerrado, duro, y es al fin muy tierno. Desconfía,

porque la tierra le enseña a desconfiar del mar. La tierra se ha visto arrebatada por el mar y guarda sus reservas para con él. El chileno desconfía por serle fiel a este temor materno, y cuando entrega su alegría o su dolor siempre hay un vuelco de ternura que salta como una vena toda llena de sangre viva.

Su ingenuidad es una especie de ingenuidad terrestre, y en ella vive el hombre crecido. Su real hombría de niño parece haber sido bautizada en el duro sellaje con la costra de la tierra. Se diría el que regresa siempre sin haber caminado a parte alguna. Regresa y vive en él, un callado orgullo que le baja de su naturaleza alta y misteriosa, de su indomable sangre de la herencia araucana y española. Regresa siempre como el que ha visto todo el horror y toda la alegría y nada podrá asombrarlo o conmoverlo, al fin, en la tierra.

No es hecho a la gran admiración porque parece, en su lucha antigua y epopéyica, haberlo admirado todo. No es hecho al desborde de una bravura falsa. Es más bien retraído con un apartamiento felino y de seca y guardada valentía. Que no le toquen su dormido furor porque cuando despierta no vuelve a dormir tranquilo. Que no le toquen su angustiado corazón, porque cuando se desvela, corre todos los mundos y regresa con la insatisfacción y la desesperación en la cara.

¿Cómo ha podido subsistir en ese duelo que parece haberse iniciado hace millones de años, en las primeras luchas de las tierras con las aguas, y cuya pugna aún no cesa? El parece haber tomado sobre su vida, toda la esencia dramática de este duelo, y tierras y aguas vuelven a gemir, a levantarse, a luchar en él. Esta salud de hombre adentro, lo hace el hijo predilecto de mar y tierra. Siempre estarán sus ojos llenos de una niebla donde las tierras no terminan, donde los mares no acababan de conocerse. Siempre estará al fin de América sin saber si el mundo empieza en él o si es que en él termina. Siempre estará en su playa sola—de hombre y de niño—en su geografía

variada y silenciosa, y se me parece el primer ejemplar de ese hombre que ha surgido tras los animales que acaban de pasar. Se me parece el último adánico que no se ha resuelto a dejar su conversar con la tierra. Está solo y lo escucho dialogar en su gran niebla, en su bello corazón de animal angustiado, y su niñez, su ternura guardada, lo guían, de pronto, a ser el gran desprendido, a entregar a los hombres que pasan, a las olas que juegan, a las aves que no se terminan, su grande y tierno amor como un pesado puño de plata. El sabe que su callarse eterno es su gran virtud, y sabe también, que de su austera entereza nace una gran fuente de virtud y de victoriosa porfía.

Hablo, naturalmente, lo repito, de su ejemplar más característico, del suyo de más ejemplar destino.

Es necesario salir tierra y mar afuera por el mundo y los pueblos, para admitirle, más plenamente comparada, su brillante y victoriosa soledad que es su central virtud.

Si sale—aparentemente—de su cerrada soledad geográfica es siempre para retornar a ella, con toda la otra conquistada en su camino, y al fondo estará siempre el hombre, y más, el hombre de Chile doblemente hombre y sólo por mar y cordillera.

La nieve se atardece en un rechazo de bosques y de cerros. Quien haya tenido desde su infancia la sombra de tales cordilleras, no es posible que quiera o pueda despojarse de ella en su vida. Las cordilleras, como madre tutelar, lo seguirán toda su existencia, así vaya a refugiarse a lo último del planeta. No hay formas en el huir. Tratándose de la tierra todas son llegadas. Tratándose del mar, todos son retornos. Y si mar y tierra lo emparentan al hombre con su sangre, la alianza es entonces infinita. Cada salida será una verdadera y mayor entrada en ella, así el hijo que continúa andando por la sangre de sus padres por muy lejos que viva de su molde paterno.

PAÍS DE SILENCIOSA GEOGRAFÍA

Los volcanes, parados en su brazo de tierra, están siempre como interrogando un comienzo o un fin del mundo y su fuego interno rueda por el alma del hombre chileno amarrándolo como los personajes de Eurípides a ese pliegue herido y responsable de la tierra.

¿Es que toda su naturaleza está aguardando, en su ruda serenidad, un Apocalipsis sin ruido?

El Océano fué una especie de regalo de los dioses madres, para que el chileno pudiera soñar cuanto quisiera, para que en su Océano Pacífico, y en sus islas lejanas, pudiera mirar todas sus tierras largas, silenciosa y apretadamente como su vida. El mar Pacífico, parece estar hecho, en la parte que se encara con Chile, como para recibir la mirada de todas las tierras del mundo. No hay proporción en esta lucha de tierra y mar, de sangre y eternidad, que vive el chileno. La playa es pequeña, en Chile, frente a un mar sin límites, y el mar parece doblar no sólo ese último cabo de fuego, su último Cabo de Hornos, sino el mismo último mar de las tormentas. Más allá debe comenzar un nuevo mundo.

Lo que los navegantes medievales pensaban del Océano Atlántico—que era el límite de lo desconocido—lo parecen soñar los chilenos con su mar y su cordillera. Más allá del último cabo, más allá de sus altas montañas, que cierran el mismo cielo, parece terminar la vida, y encontrarse el chileno como el último prisionero, real, de las tierras.

Hay mucho de sueño, mucho de un descubridor no asido a la realidad de un continente nuevo, en el chileno. El viaja siempre, con la fe que en sus mares y tierras termina el mundo. Y su gente, concentra a veces, el primero y último cabo de la tierra, en su punta encendida y tropical norteña y en su cabo de hielos polares del Sur.

El océano que mira el chileno parece no terminar, y para que el sueño sea más completo, tiene sus islas de mágica civilización polinésica, sus islas donde la oceanía comienza. Su Isla de Rapa Nui, su Isla de Más Afuera y sus Islas de San Félix y San Ambrosio, como inicios o puertas de todo un mundo mágico, fáustico y encantado de sueños.

Regalo del océano sus islas, dedos primeros, primera mano del sueño de Chile que entra al mar.

Tan fuerte llama el océano al chileno, tan violentamente lo quiere para sí su tierra, que no sería extraño verlo un día como Orestes, un silencioso Orestes, atacado por el océano y los montes, en una ráfaga de suprema furia.

Si hay taciturnidad de redes y alma, en este país de pescadores y marinos, de mineros y campesinos, todo ello hay que cargárselo a ese ruido que rebota en las tierras, a su lluvia sorda del sur, particular, a su cordillera hermosa que la cierra y la guarda como en un cuento materno.

Si hay taciturnidad en el chileno ella no puede ser otra que ese mismo eco de la naturaleza, en ciertos momentos, antes y después de la furiosa e interminable lluvia.

Su lluvia se abre como otro corazón. como un puente entre las tierras y las aguas, y es tan grandiosa la naturaleza en esto, que es una lluvia crecida, lluvia adulta, lluvia mayor interminable. agotadora, fantástica. Lluve a mares, se dice en Chile, con acento de palabra cualquiera. Lluven mares en el corazón de su tierra del sur. Lluven olas de un océano que se desgasta y se vuelve a recuperar en el cielo. Lluve también en el centro del hombre, en el alma atormentada y presa de la angustia, del hombre del sur. Parece guardar, calmadamente, sin apremio ninguno, la lluvia enorme que es la mensajera de las tierras, la intermediaria de su dolor. También ha sabido guardar su austeridad para su vida difícil, casi su pobreza una pobreza llena de orgullo, colmada de una acción que comienza a bastarse a sí misma. Desde su pobreza ha lanzado barcos desde sus pro-

pios astilleros, ha recorridos mares, ha soñado, ha llevado sus productos a medio mundo, ha levantado, sobriamente sus instituciones, se ha mejorado en su alma y en su sueño, y no ha dejado nunca su sello personal. No se ha confundido. Se ha extraviado en media tierra sin perderse de su alma esencial, volviendo a unirse a su tierra, en el momento aun de su muerte lejana. Y no se ha abandonado nunca al destino. Cuando la naturaleza le ha derrumbado ciudades, las ha vuelto a levantar, casi en el mismo sitio, con una porfía espartana. No ha esperado arrumbado al destino, ha salido a buscarlo en los momentos difíciles y ha recibido la victoria como la derrota, sin empequeñecerse nunca, pero con todo su silencio meditativo y solitario.

Tiene la tierra, a veces, unos grandes ojos que más que tristes son desesperados. ¿Dónde arrancar en medio de tanta soledad? ¿A quién conversar en medio de tantas furias? Sólo quedan dos términos: el mundo y la muerte, a ellos se ha entregado el hombre de Chile por vocación.

Como el griego que salía de sus tierras y se eternizaba años enteros en las tierras vecinas, el chileno se ha eternizado en mares y tierras del planeta. Ha levantado su mundo propio, o en sus tierras o en las otras, para volver siempre a la geografía suya. Pero este espíritu no es en manera alguna pesado. Viene, como Nietzsche quería, como danzando, y sin embargo en él todo es profundo.

Ha levantado su orbe por este amor a las tierras y en él el sentido de la muerte ha sido el sentido de llevar y conducir su vida, sin vanidades sobrantes, sin gestos inútiles, sino indispensables. Ha levantado, de este llevar su muerte propia con donosura sin par, todo un mundo de tormentosa austeridad bella. Ha creado para la vida y, cuando ha muerto, ha muerto con una muerte mayor que la de cualquiera, ha muerto de la muerte más suya, de esa que Rilke quería siempre para el hombre mayor. En pocas tierras la muerte tiene un sen-

tido más hondo y más callado que en Chile. En pocas tierras los símbolos que rodean a la muerte, tocan más firmemente toda esa gran riqueza del sentido que tenía para el hombre egipcio la suya. La muerte es, para el chileno, tierra grande. Respira en ella, y cuando cae a su alrededor, como nunca, parece abrirse un gran espacio lleno de símbolos silenciosos, lleno de arrebatador sentido. Se une a la naturaleza eterna con toda la grandeza de una gran pasión. Su muerte es como la ruidosa finalidad de una vida llevada con silencio y sin derroche innecesario. La muerte parece crecer del mar, cobrar cuerpo en sus montañas y bosques, alojarse en el alma singular y profunda de su gente mejor, y hablar con una naturalidad, con una llaneza, con un silencio, que la hacen doblemente mágica y respetable. El chileno parece siempre «morir dos veces». De la muerte suya—propia, personalísima—y de la muerte cualquiera, de la muerte corriente de los demás. Hay una muerte marina, en Chile, que sopla y ruge, que truena como ninguna. Una muerte terrestre y selvática que encierra en sí todo un gemir de cordilleras.

De un lado al otro del mundo se mueve y muere el chileno. De un lado al otro de la muerte vive y mueve, levanta el mundo en el cual él cree y se considera.

El cuerpo gris y delgado de Chile, oscuro, amayillo, verde, terracota, azul, blanco, apoya su frente en los desiertos y echa sus piernas a jugar con los hielos del Polo. Entretanto, o mejor, a través de este cuerpo—singular en el mapa—corre el silencio y, mejor, la gran soledad austera.

De soledad de tierra, selva, mar y cielo parece impregnado el hombre mejor chileno. El sueño y la muerte—ambos sin término, ilimitados, infinitos—no hacen sino ahondar y centrar mejor esta soledad.

Nunca mejor que en su poesía, este espejo de su vida. La poesía del hombre de Chile recibirá así, soledad, silencio y fuego a manos, a alma, llena.

En su soledad parece guardar la poesía de Chile toda su dulce ternura, toda su potencia de ardor. Ella comprende a través de su soledad y por ella es preciso entenderla. Nos entrega unas llaves de silencio y con ellas es posible entrar sin ruido por ese otro silencio como matinal y marítimo. En él encuentra Chile su frescura, su renuevo, su virtud mayor. Su sangre parece toda erguida de su soledad.

«Nada vale que quieras salir de tu soledad — escribió la isla angustiada que fué Lawrence—es necesario que sigas pegado a la vida. El vacío no será llenado más que de tiempo en tiempo. ¡De tiempo en tiempo! Pero, será necesario esperar el momento. Acepta tu propia soledad y permanece asido a ella toda tu vida. Y acepta también los instantes en que el vacío es llenado, pero vendrán por sí mismos. Tú no puedes obligarlos a que lleguen».

SOLEDAD EN LA GEOGRAFÍA Y EN LA VIDA.

El sol abundante del trópico parece acallarse al tocar el Norte de Chile, y medio entornado se vuelve en árido y duro pareciendo requebrajar en su furia, la tierra. El desierto comienza, para el hombre chileno, y ya en él la niebla peculiar—«La camanchaca» chilena—pondrá sus manos grises en la abundante soledad. Las nieblas irán derechas al corazón de este hombre callado y solitario, doble en aislamiento y crudeza. El sol lucha contra la tierra y la desvive. El hombre se halla, sin querer, en esta porfía. Los montes se varan en la costa como grandes cetáceos, y la gran pampa, el gran cielo desierto y desolado del Norte de Chile, se abre como un gigantesco abanico de plata opaca entre la soledad y el rigor primero de Chile; entre el silencio del mar y de los cerros de la cordillera grande.

Luego, como los dedos de una mano generosa, comienza a asomar el descanso de los valles, la risa de la fruta, el huerto alegre, la cara risueña. Empieza el verde a agolparse en tal

forma que en la zona central en cuyos comienzos se eleva la ciudad de Santiago— a medias colonial y modernísimas— se multiplica y se enseñorea el verde desparramándose en sus tonos botella, lino, limón, esmeralda en la vid, en el trigo, en el maíz y en los otros cultivos.

Luego se entra a zonas donde la lluvia se abre con una insistencia de tambor araucano, golpeando la cintura delgada de la tierra chilena, con una pasión firme de aguas. Es una zona cansada, en la cual el gris se repite en lluvias contra un fondo de verdes hondos de bosques que elevan sus troncos como calcinados elefantes en pena, en selvas enmarañadas donde junto al río torrencioso el hombre vive con sus lejanos dioses y sus «piñones». Su rostro cerrado hace leer un aislamiento profundizado por la naturaleza dura que moja hasta los huesos de quien la vive y la adora.

La soledad se torna en lluvia monótona, en disparadero de lluvias, en desolaciones insistentes. Tan quebrantadora como el sol para el norte, es la lluvia para el sur. Quien no ha sentido su golpe, su dramática insistencia, que parece estar mecido la tierra, no sabe de esta pasividad de animal melancólico, de virilidad sombría y agazapada, de voluptuosidad triste y atormentada, con que acompañan la soledad y la ansiedad al hombre chileno del sur.

Luego, el cuerpo fino de Chile comienza a disgregarse, se disloca, se quiebra, rebota y rómpese en el mar. No hay ya continuidad. Como los montes al borde de la costa norte de Chile, viajan las islas en los mares del sur. Sus piernas se pierden en los mares del Polo. Se piensa, mirándolas, en las costas más quebradas del planeta, y aún no basta.

En las zonas de verdes más discontinuos, viven los ganados. La lluvia se torna más obscura y la soledad despliega velas tan blancas que entra por los canales, estrechos y fiordos, y cruza los mares donde Magallanes y sus compañeros lloraron de alegría viendo por primera vez las aguas del Océano Pacífico.

fico. Termina Chile entre la nieve, entre ardimiento de hielos, entre un horno de quebrantos, en fiera desolación donde lo que antes era sol es ahora nieve, donde el día entra a su noche de plata dormida. Se diría que al fin de Chile se penetra a los linderos finales del mundo donde pueden hallarse esas ropas finales o primeras de la muerte.

Pero no es esto todo. Hay mar y cordillera, suficientes, en cuya influencia siempre se ha de insietir.

Una muralla de 6,000 a 7,000 metros cierra por el oriente el horizonte chileno.

Parece que el mundo se quedara allí, que no fuera ir más allá—que sería inútil e imposible todo paso detrás de los montes altos como el océano o la muerte: que todo—tierra, alma, paisaje—se quedaran preso para volver a vivirse dentro del alma y que filón de tierra y filón de alma se fueran retrasando en el hombre para volver siempre a cerrar su círculo en quien mira la montaña con la vieja costumbre de estar sosegado por ella, curtido en ella, labrada su propia soledad a costa de la altura. La montaña constante tiene que resucitar en Chile la cavernaria soledad de algunas regiones de España. El agua subterránea de cordilleras españolas acorrala también al hombre como la cordillera—cordilleras—chilena. España redesperta y se encuentra en muchas zonas de Chile.

Están los chilenos encerrados al revés, no por el frente (y no sé si el Océano Pacífico es el más grande encierro o la más bella libertad) sino a través de todo un costado, se diría que por media respiración de Chile.

El minero, el campesino, el pastor, el hombre del monte, la selva y del mar—las islas—chileno, se hacen doblemente callados y callarse trae cierta austeridad, hondo sentido de las cosas, un ver el mundo en más íntima comunicación con él, un creer más en sí, en el hombre, que en las distracciones externas, un afirmarse en la tierra como desvelándose en ella. ¿Con qué razón mayor el poeta, hombre de soledades, en sí y por sí?

Todo lo que la cordillera cierra al chileno, el mar se lo abre. Los empuja la tierra al mar, y el mar los devuelve a la tierra. Es un vaivén. Una cuna, un nacimiento dramático del hombre chileno que vuelve a oír como de la tierra al mar, la vieja nana de la madre al niño.

«El Señor pasó
nadie lo sintió.
Sólo la bandera
Sola se batió».

Sólo la bandera, de mar a cordillera, se bate y el hombre va de dureza a dureza sin ausencia posible, sin posible fuga: a la melancolía, a la afilada soledad y no hay otra escapatoria, de ahí ese carácter cerrado, en el fondo, del chileno; «el vino triste», su alegría trágica y su don melancólico.

Más tarde me he detenido a pensar en el sentido de esta nana que siempre mi madre me repetía en mi infancia, y otras parecidas. Este acento tan melancólico (¿por qué?), tan desoladamente elegíaco (¿de qué?) me parece ahora la indudable herencia española a la mujer de Chile. La madre española acuna a su niño, cantándole en tristeza, llorándole en elegía, abunda mucho más la nota con cierto tinte trágico y dramático que la entonación alegre de la alegría por la alegría. Así también en la madre chilena.

El rostro del chileno no puede ser otro que éste, labrado ya desde la cuna. El que no vive de beberse la montaña—que nunca termina—vive de querer beberse el mar, que no es al cabo sino otra forma de morir viviendo.

Cuando el chileno sale, lo que él llama en su chilenismo un «mata perro», o sea un trotamundos cualquiera, queda herido hasta la muerte por la nostalgia de la tierra, se deja perseguir como ninguno por las raíces de la tierra, obsesionado, iluminado hasta el fin. Creo que hay pocos ejemplos—en nuestra América—de cosa parecida.

El hombre de Chile no tiene, sino a través de su propia tierra, un concepto más universal de las otras. Es decir, que a diferencia de otros y de muchos, cualquiera salida de su tierra sólo lo hace entrar más en la suya. Recorrerá el mundo y volverá los ojos a su única madre posible, y se quedará, al fin, con la belleza agreste de su madre chilena, con la parquedad sobria de sus riquezas y de sus mundos, con sus sueños y con esa pobreza austera, llena de orgullo, en que el chileno ha venido trabajando. Escogerá su cordillera y su mar, ante cualquiera.

Pocos pueblos de América han hecho de su tierra esa isla larga con que siente la suya el chileno. Y cosa rara, siendo tan orgulloso de su tierra como este orgullo está afirmado en un tan gran amor y habla por boca de él, se le siente natural, sobrio y más bien callado. No alardea, sino en sí, de su tierra, no la anda manejando o trayendo de arriba abajo, de aquí allá; gastándola en el manoseo—o discurseo—verbal. Se le siente—de tan íntima—entera, y como no usa de sus recuerdos sino en su apretada intimidad, su amor a ella está lleno de orgullo, colmado de presencia honorable y hasta majestuosa.

Quiero insistir en este concepto—ideal—de la isla larga con que parece mirar su geografía el chileno. Isla larga separada por una cordillera como por otro océano, terminada en el cabo de los últimos tormentos—en el Cabo de fuego helado, comenzada en la camanchaca del norte, en el cabo del sol ardiente. Isla ideal, sensible; isla de espacio y tiempo sin medida. Isla, en fin, natural, propia, que se ha quedado con el orgulloso mote que de contrario lo ha interpretado como benéfico «último rincón del mundo». «Chile es el último rincón del mundo», se repite el chileno, pero sé que, en el fondo, se lo está repitiendo con el secreto orgullo de no saber si en realidad el mundo termina en esas tierras o si en verdad es que al fin, comienza en ellas, en su isla larga, en su loca geografía.

Loca geografía—ha llamado a la de Chile uno de sus más

finos ensayistas— y la locura geográfica viene bien a esta isla atormentada donde en verdad es todo loco, todo contrario y con esa gran cordura de la naturaleza sabia, buena y bella, que al fin se impone en el más ordenado de los desórdenes.

SOLEDADE Y POESÍA

Cabe pensar en la gran soledad—que en tierras semejantes—ha de caer sobre el hombre y el poeta debe transformar, haciéndola aflorar, quiéralo o no en su canto. «Cantar es existir» (Rilke) y su mundo de creación lo lleva a la natural y necesaria soledad. Sin soledad no podrá mirar su amor ni su fe; sin soledad no podrá creer y crear.

Esa existencia de lo variable, que para Kant transcurre dentro del Tiempo, cae en el poeta con fuerza singular. Siendo él el sin tiempo es también el lleno de desesperación. El vive, con los ojos abiertos, en su pleno tránsito, reconstruyendo el mundo en su alma, levantándolo de sí, como Goethe quería, y nadie levanta, crea o recrea el mundo si no lo ha vivido y sentido, previamente, en su pareja y grande soledad.

El poeta puebla su soledad, lleva su absoluta «soledad poblada» (Díaz Plaja) y no parece ser otro su oficio que este de poblar—levantar—su soledad.

El poeta entra a ser, entonces, un segundo Aaron, haciendo brotar de la dura roca el lenguaje diario, con esas mismas palabras, arte o expresión maravillosa. Con la palabra que se compra una manzana, con que se vuelve del mercado, se va al trabajo o se inicia una riña, el poeta recupera el mundo en su alma. Hacerlo rodeado de esa doble soledad de isla, mar y monte, como en Chile, es como hacerlo dos veces, por lo duro y obstinado, y sobre todo, hacerlo con una grande y conmovedora angustia.

El poeta siempre se queda solo y a solas con su poesía, en diálogo angustiador y oprimente. Se queda en un nuevo monte

de los Olivos y el «Padre mío, ¿por qué me has abandonado?» vuelve a no encontrar su respuesta, á menos en una nueva soledad del Calvario. Sólo el hombre capaz de responderse a sí propio podrá soportar y resolver interrogación tan sin salida.

Hay que tener valor para estar solo y para llevar la soledad alimentada, naturalmente, con la esencia de la vida, como la muerte propia y personal.

Los ángeles o Dante no acompañan mejor o peor a un Miguel Angel, en su soledad desnuda—colada del sueño griego y el sueño medioeval—. Así muera Keats viendo crecer sobre su cuerpo a margaritas y azucenas; muera Shelley en tempestad en mar latino; muera Rimbaud desangrado por su sueño africano. Todos son términos, llegadas, y nada más (nada menos) que la vida. Soledad en Keats recordando sus amores perdidos, envolviéndose en su sola niebla de lágrimas. Soledad en Rimbaud, engañándose sobre su poesía, buscando en la acción su justificación a su sueño, a su deslumbradora «Temporada en el infierno», o soledad de sus propias esclusas abiertas, para ver al hombre desnudo como en un propio espejo infinito.

En medio de la tierra invadida todos son regresos y soledades. La tierra siempre ha estado invadida por el ruido externo. Hoy como ayer. Y un Goethe—hoy como ayer—tendrá que recurrir al supremo y salvador aislamiento, como única norma para tomar sobre sí su verdadero—el verdadero—mundo en soledad, y poblarlo.

Sólo admito la poesía como ese ahondarse en soledad angustiante y siempre insatisfecha. Mirada así ella es como el espejo del sueño y de la verdad, ideal y real, del hombre.

El poeta se halla hoy como ayer, abocado a esa aventura temeraria de la sangre en soledad que es la poesía. Aventura, hacia el mundo suyo que no ha de tener límite en su hondura; por cuyas galerías, cada vez más hondas, es preciso entender la claridad, producto de esa gran obscuridad primera y prima-

ria del hombre, de esa otra gran obscuridad de sus grandes verdades.

Como la tierra, por lo bajo, amarrándose por dentro en sus raíces cada vez más suyas, penetra el poeta en el mundo y en sus sueños y de su obscuridad cerrada hace su libre luz de consuelo. Penetra las cosas y de ellas ha de salir siempre el mismo, ahondado, fiel a su naturaleza mejor, y puede ir donde quiera que siendo fiel a sí propio no habrá de extraviarse, ni con su poesía ni con su soledad.

A primera vista parecerá redundancia querer hablar de la soledad del poeta y de su poesía, ya que la soledad y poesía se condicionan mutuamente como amante en amado; sin embargo, vuelvo a lo que Unamuno decía, que las cosas de puro sabidas se olvidan y que es necesario repetirlas de tiempo en tiempo para refrescarlas mejor. Así el molde del poeta en el molde de su soledad particular.

Entre soledad y poesía debe haber un destino común, y algo como la relación de cuerpo y espíritu, de fruta y hueso, de continente y contenido. La soledad será siempre el abrazo de la madre, amparadora, donde el poeta— desconsolado eterno— se eche a vivir o revivir.

Es a través de su soledad que el poeta entiende el mundo, y es desde el centro de ella que lo levanta. Hombre sin su soledad se cae como cáscara vana.

Cuando pienso en una gran soledad, sin quererlo, estoy pensando en una gran poesía. Y es para poblar su soledad que el poeta crea, no para huirle sino para centrarse y hacer la humana.

La soledad unida a la pérdida se torna melancolía. Para recuperar lo perdido, con el recuerdo, se crea. Pero soledad no es sólo esta recuperación, es también destino y trabajo, no sólo en el recuerdo, sino en la intransferible vivencia de cada día. Hay también una soledad hacia adelante y el poeta no

vive sólo con esta que mira su pasado sino también con la que ve su futuro.

Poesía y soledad han sido siempre como hermana en hermana. El poeta se acompaña de sus fantasmas, en última instancia. «A la muerte vamos solos»—dijo Pascal—pero a la vida también. El poeta es quien está más redobladamente solo porque no tiene distracciones mayores o menores de político, conductor o héroe, y entra, en cambio, en ese heroísmo de tono mayor que es el soportar una vida delirante, un cuerpo y un espíritu hechos a la revelación mayor. Lo acompaña la santidad y la iluminación, pero en el fondo de su vida una soledad de raíces vive sentada, le crece la soledad por los pies, le viene de la tierra, le sube por el mar.

Poesía y soledad han sido siempre amigas y complementarias, no se sabe, en el poeta, dónde empieza una, dónde acaba la otra, pero se apoyan porque la poesía tiene su fuente en la gran soledad.

Vossler instala a fines del siglo XV, en España, la «soledade» de los cancioneros de los siglos XIII y XVI, y estos trovadores galaico-portugueses, dan a «suidade» y «saudade»: duelo, querella, querencia, languidez y nostalgia. Pero tanto la apetencia de la palabra como el contenido han existido antes de cuajarse en esa «soedade» del siglo XV. Junto con llegar a España, los primeros hombres y los primeros cantos, la soledad y su signo comenzaron a vivir y a crear.

No por otra cosa que por soledad nacen los primeros himnos en la tierra. No por otra cosa el babilónico escribe para espantar o eternizar su muerte. En el fondo de ese deseo de perdurabilidad—ese tocar lo viviente con su afán materializador—tiene su reino colocado en el centro de una gran soledad.

Siempre que miro hacia atrás, veo la soledad mover la lengua de los primeros poetas asirios, y la siento calentar la entraña del bello poema egipcio (del más amoroso y angustiado). No es sino una gran soledad con Dios, el estar a solas

consigo mismo y con su pueblo, quien mueve a Moisés a cantar: y es la soledad, también, del amor vaciado en maravilla, quien pone hondura en la voz lírica de Salomón. De la soledad al amor no hay más que el tránsito de la madre a su niño, y cuando la soledad se hace amorosa es cuando se hace creadora. Todos estamos obligados a llevar, como salvadora, esta soledad amorosa, que es la creación.

Entra y sale el poeta al mundo— a su soledad—y vuelve a él, con ella, más en ella, y en su fondo se mira total en todas sus virtudes y maldades.

El poeta, como interpretador, y captador de elementos es la pila que descompone las cosas, les coge de preferencia esa soledad que contienen y las reordena en su soledad también. ¿Por qué estar solo? ¿De quién ha sido aprendido? Yo cargaría a la naturaleza— al conocerse bien—todo ello. La sangre, el destino, el instinto—temas supremos siempre—vuelven al poeta para darle el conducto de su exacta soledad. Puede estarse solo y estarse acompañado de las cosas y sólo quien ha sentido esta soledad puede ser el único acompañante de la poesía y de la vida. Sólo podemos dar lo que en el silencio hemos ganado, y quien no tenga silencio nada podrá dar de sí.

Pero la criatura nunca sale de su ruedo, por mucho que quiera vaciarse en el mundo; es sólo con su soledad que puede unirse a él, y solo por el gran fruto particular es capaz de tocar la obscura raíz de todos. ¿De dónde si no de ella arranca la ternura? ¿De dónde si no de ella arranca el puente que nos une para siempre al amor? ¿De dónde si no de ella surge esa luz que nos hace querer y entender las cosas? «Descansa el alma con su descanso»—escribe Santa Teresa en sus «Exclamaciones»—. Pero este descanso descansa arrobándose en lo que ama, trabaja por su amor y lo traspasa, crea su obscuridad y la redime. Es a través de ella que nos damos cuenta de la sangre. Sólo en la soledad es capaz de dialogar el hombre con sus Dioses; con todo lo que recuerda y todo lo que espera. Escri-

bía no ha mucho un poeta chileno, Humberto Díaz Casanueva: «La ruta del hombre está hecha de sus entrañas, su soledad no corre al desierto sino que ilumina a su alrededor». Iluminándose, volviéndose a sí para pensar en él, el mundo, para hacerlo vivir en sus entrañas, es como el hombre torna digna su soledad, y cuando de ella arranca su poesía—que es de lo único manadero de donde ella parte—la hace digna y sabia como una casa de madera fragante. Así han levantado su casa estos poetas chilenos que representan, para mí, en este casi medio siglo, la mejor expresión de la soledad chilena,

POESÍAS DE LAS SOLEDADES

Llega siempre el momento en que es preciso alejarnos de lo que amamos para entenderlo mejor. Agua, tierra y silencio nos lo borran un momento y nos lo devuelven, después, con todo la luz de un nuevo hallazgo, con una nueva admiración (o rechazo) alborozada.

La soledad y la angustia de mis mejores poetas de Chile se me aparece ahora devuelta en una dimensión desconocida, y parecen continuar en su canto, el silencio, la soledad y la angustia que duerme en el hombre del sur como en su mejor tierra.

En el silencio de la nueva tarde de poesía con sus nubes y sus sangres en su país otro, estos poetas me han vuelto a decir sus tierras y su mar conmovidas, y es que el hombre los lleva y de tanto contenerlos despiertan en él un día, y no sabe si es con su propia boca que habla o si son ellos el pretexto para decir cuánto ha sentido y cuánto lo ha angustiado en la ausencia.

Fueron estas soledades sintiéndose en su tiempo propio y distinto; vueltas a ser carne o sueño de la poesía, en la mañana igual o en la tarde distinta; y en mar extraño al mar de ellos, en isla otra que sus islas, tornaron como a reunirse en una sola

respiración larga, en un solo cuerpo central con sus angustias diversas.

Entendí, mejor, que son ellos testimonio indudable de esa lucha eterna del hombre por buscar su meta y su centro, y que su angustia tan libre y bella; que su morir y vivir diariamente en la tierra volvía a ser el vivir y el morir mío.

Me han hecho ver que el fondo nacional que en vano se busca en la anécdota; que la pulpa de Chile que inútilmente se buscará en campañas de chilenidad o externidad fatua y vana, la llevan ellos, la contienen como un gran río materno. Nadie mejor que el poeta para ser divino sonámbulo de su origen primero. Y por ser fieles a sus fuegos de infancia y adolescencia, han cantado cada vez, más y mejor, el fondo maternal de su origen. La vida no hace otra cosa que despertar el fuego guardado y encenderlo, aclararlo y mirar la consumación.

Las virtudes de tierras solas y mares solos han dejado en ellos huella perdurable. La tierra remotísima y encajonada sólo se ha mirado a sí propia en las otras tierras. La mitad de estos poetas han sido peregrinos—Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Pablo Neruda y Humberto Díaz Casanueva—la casi otra mitad se han quedado en la suya—Angel Cruchaga, Pablo de Rokha, Rosamel del Valle—. Peregrinos o no, todos han peregrinado en su propia alma, luego en la propia tierra de sus almas. El mundo no ha sido, para los viajeros, sino la medida de cada cual, su soledad ya vista, y sólo han completado el ruedo para conocerse mejor y conocer mejor la poesía. «El camino más corto para conocerse a sí mismo es dar la vuelta al mundo», escribe Kayserling en su «Diario de viaje de un filósofo». Ellos han recorrido la tierra conociéndose y sólo han despertado o agitado el fuego en su furor.

«El hombre sudamericano es esencialmente taciturno—escribe Keyserling en «Meditaciones Sudamericanas»—. Tanto más taciturno cuanto más profundo es, cuanto más grave es un conflicto, más retiene su voz. Lo importante no es nunca ex-

presado sino sólo aludido o inversamente sólo lo aludido es comprendido en el acto. El espíritu tiene aquí la luz. El contacto que a los hombres de la superficie procura la palabra es procurado aquí por el silencio. Toda intelectualidad autóctona es pasiva, e impasibles los rostros. La expresión impenetrable, sorda y ciega, pero al mismo tiempo acechante y preñada de amenazas, que allí muestran muchos más hombres de los que puede haber malvados, refleja la mirada de los anfibios y los reptiles de aquel continente. Hasta el espléndido entusiasmo que a veces estalla con volcánica violencia en el hombre sudamericano, tiene algo de reptil. Semeja el brusco impulso del anaconda real, que después de lanzarse en un asalto formidable vuelve en el acto a su entumecida apatía. Y la primera vez que allí encontré hombres de aspiraciones espirituales surgió espontáneamente en mi imaginación, sin que aún tuviera de él conocimiento arqueológico ninguno, el símbolo primordial mexicano: la serpiente alada».

Hay mucho de don primario, de caverna pura, en el acento de estos poetas más señalados. Su melancolía o su furor los lleva—principalmente a Rosamel del Valle y Pablo Neruda—a las rocas de un lenguaje más inconsciente, más libre a fuerza de ser dolido. (Cuando hablo de Pablo Neruda, entiéndase que sólo hablo del autor de «Residencia en la Tierra» y no de su obra posterior).

El momentáneo jolgorio de Pablo de Rokha, lo aparentemente pintoresco en él, y el sentido autóctono de su poesía, nunca lo pierden de su furor central. Aparece su poeta como un gran cuerpo frenético y desesperado, y la angustia—disconforme, discontinua a fuerza de grave y de trágica—lo lleva a una gran desesperación anárquica, a ser el mar que, como en Lautréamont, habla por sus pulmones y se duele no sólo con el corazón sino con un llanto trágico que no es ojos solamente sino de oídos, de riñones, de boca de soledad.

En Vicente Huidobro hay una parecida desesperación,

una angustia—ahondada y trabajada hacia adentro—que estalla más allá de su lenguaje brillante. Aun siendo muy dueño de su palabra, él gran conocedor de su idioma, la desesperación lo supera y lo sobrelleva; la angustia lo colma y lo continúa.

Su poesía nos presenta, mejor que cualquiera, el espectáculo de un idioma que devora al hombre que lo ha creado en la desesperación y la grandeza. Es una soledad pesada y doble la suya, una soledad que de la tierra sube hasta la celeste morada. La inteligencia creadora, el desmenuzamiento del lenguaje, que podría distraernos, tampoco nos lo arrebatada de la soledad central de su vida, que parece tener cierta eternidad de mar nocturno. En la poesía de Pablo Neruda, impura de tantos trechos, dolorosa en tantos otros, su cosmopolitismo, su materialidad, y lo tropical externo, que deja su aguda huella en ella, no es razón para creerla de pura substancia desmigada. El don melancólico sube como un río por los pies, crece en la vida, en el cuerpo de esta poesía llena de luces y de palpitaciones subterráneas. Se encuentra él con la melancolía de su costa y de su mar, y se diría que en la India o en Batavia, es sólo su mar y su tierra de Chile quien llora y quien se lamenta, quien lo empuja y lo ilumina para crear. Es porque toda esa poesía creció de una soledad geográfica y de alma—hombre—adentro que nos hace perdonar sus materiales de acarreo o, a veces, su verbosidad innecesaria. Se nos presente sus cualidades y defectos propios de sus tierras y se engañaría quien creyera a su poesía un sol, espejo de lo sentido en el Oriente. Se diría, mejor, que por ella regresa y se une a lo amado y que todo lo circundante y circunstante sólo lo empuja mejor a su inmejorable soledad anterior,

Rosamel del Valle, por entrar a una poesía de sueños, sin vacilaciones, con pie entero, en un mundo en el cual el hombre vive otras leyes, que las usuales en la vida, mal llamada habitual por ser su poesía tan trabajada dentro y bajo el hom-

bre, con una cara surreal, sorpresiva, de encuentro y reencuentro de lo fantástico, nos trabaja un acento de inolvidable mundo en que a veces el espanto se alía al sueño. Mientras más baje el poeta a su fondo más solo irá, más por unas aguas ilimitadas. El viaje de Rosamel del Valle a través de su alma y de su poesía honda, es un viaje de plena soledad conquistada.

Gabriela Mistral acusa un caso que siempre he llamado aparte, en los de nuestra poesía, y que esta vez no he querido seguir llamándolo tal porque ella es a la vez un principio y un término y porque encierra en su poesía toda una abstracción, que esta vez quiero unir al mundo de los otros poetas, en su razón de poesía y soledad.

Gabriela Mistral trae a nuestra poesía un furor áspero y primero.

Rompe ella el molde establecido, el agua clara, el poema grato y fácil de oído. Es la primera que llora y se angustia a grandes voces en el poema, y si lo hace dentro del metro—que siempre contiene la angustia para el de afuera—no por eso deja de ser menor su desesperación. Cronológicamente tiene este gran mérito de haber cantado—la primera—con el alma, de no haberse cuidado de la onda fina y dúctil, de haber buscado el acento áspero si él era sincero. Representa, además, el esfuerzo primero para conectarnos sin perder nuestra tierra mejor, con lo mejor del idioma de España. Es quien mejor hereda a España, y quien, por esto, está también más cerca de su tierra chilena. Su poesía ha sido llevada por ella, con donosura singular, y el apostolado americano, si bien nos ha querido quitar una mayor prodigalidad de poesía (que está en sólo dos libros a través de una vida) nos ha dado en cambio una abundante prosa poética de muy subido tono. Es interesante el hecho que cuando esta mujer irrumpe con su canto en un acento nuevo, muchos ven en la vena abierta el canto de su propia angustia. Desolación la suya que se ha quedado en sola y en quieta, en honda y grave. Su proximidad cristiana la ha hecho

como descansar en su soledad en una mayor soledad subceleste o subterránea.

En la poesía de Humberto Díaz Casanueva encontramos el trabajo honorable del hombre que vacila entre un Nietzsche más contenido y un Rilke más activo. Su meditación vigilante, que es toda su poesía, es el mejor ejemplo de cómo entra el hombre a su mundo con todas las velas de su soledad abierta. Vigilia por dentro es toda obra, introspección aguda y firme, trabajo de angustiado minero, de bravío estudioso de su alma. El nos muestra el caso del hombre nutrido de un viaje de cultura europea, que se ayuda de ella para descubrir su alma americana, y se nos presenta como el poeta de alma completa en un nuevo humanismo bello. El pensamiento trabaja en él sintiendo y el sentimiento pensando. De ello resulta una obra rica de jugos humanos, hondamente sabia. Única.

En Angel Cruchaga Santa María, encontramos menos razón para perdernos. Sus temas de siempre: la muerte, el amor, la soledad, Dios, van y vuelven con su soledad, a su soledad, de su soledad toda. Son, tema eterno y tema de substancia sola.

Por último, la poesía más reciente, no renuncia a su don trágico, penetra a zonas de alumbramientos sin pausas, y apoya, por un lado, en un conmovedor y patético sentido, esta agua subterránea que hace surgir a la luz atormentada de Chile a su mejor poesía.

En todo caso es significativo que estos poetas más recientes escojan las corrientes más dramáticas de la actual lírica universal—las surreales— para traducir su mundo y elevarlo. Significa éste, un fenómeno de muchas mayores entrañas del que pudiera aparecer a una mirada no mayormente detenido en las razones que han aconsejado tal búsqueda y tal encuentro.

Veo en esta apropiación de lo surreal, en forma tan directa, a nuestra poesía, la continuidad en el ahondamiento—y aconchamiento—de nuestra realidad lírica en formación, (y ya con evidentes logros clásicos para nuestra historia literaria).

Ellos no han hecho otra cosa que aprovecharse la espléndida poética anterior y la herencia de orbes poéticos tan completos, como el de Vicente Huidobro, por ejemplo, y complementarios con la parte onírica donde sólo circunstancialmente penetra la poesía de Huidobro, controlada más por la inteligencia sensible que por el frenético don incontrolado.

El tono serio, torturado, responsable, de esta poesía, que encuentra en Braulio Arenas, Jorge Cáceres y Enrique Gómez, a sus exponentes mejores; el acento loco, sorpresivo, brillante, de la poesía de Carlos de Rokha; la angustia y desesperación de la prosa poética de Teófilo Cid, y las corrientes de aguda búsqueda, de la obra de Eduardo Anguita, no hacen más que continuar golpeando con lo mejor del espíritu de mi patria del sur, que asoma a un aire universal, con su tortura.

SOLEDAD FINAL

Si todos los ríos van a la mar y en la mar se reposan, en apariencia, para seguir en otras aguas su marcha, y volver luego a nubes y a carrera, estos poetas no hacen sino desembocar en la gran soledad de Chile para volver a tomar de esta soledad común, su murmullo, su acento, la entonación de su alma más verdadera.

Corren en la soledad de Chile, y van a su soledad ideal e íntima, a descargar el tesoro de sus orbes, y siendo diversos en los elementos, diversos en categoría, todos llegan a una especie de subterránea zona de destino, unos se quedan más cerca del sol, otros más cerca del oscuro corazón interior.

El tildado de extranjería—por la cegazón y cerrazón criolla—: Vicente Huidobro, se me antoja muy puramente mágico y el honda y claramente angustiado de los nuestros. En su furor como de juego, en su angustia como soslayada, en su desesperación como a media alma—y al fin a entera alma toda—no hago más que ver y palpar—para usar un título suyo—el

angustiado mundo de nuestra alma chilena y americana, caminando por ello a lo universal.

Es inconfundible su acento, y no es dable encontrar su tono igual en la poesía europea, a quien no ha dejado, sin embargo, de influenciar. Quiero decir, que siendo otro diverso el tamaño de su orbe poético, siendo su esencia americana, su aire americano no lo ha traicionado en su fondo. Inútil quieran hacerlo francés o europeo. Su fuego lo veo crecer de su infancia y adolescencia chilena, de su alma formada por los bellos ríos maternos americanos, y esta sangre nos lo redime y arrebatata a los que quieren hacer de él un poeta no americano.

Espera aún el ensayo que recupere la poesía de Huidobro hacia su América de origen, y diga como ella, aún en lo más cerrado de Francia, no ha dejado de ser nuestra y de él, entera.

La presencia del mar, con patético vaivén de permanente angustia, su afán cósmico en el fondo de su exterior juego de lenguaje y sorpresa; la presencia de la muerte y del cielo, del destino y el aire, en su poesía; su mundo de desesperaciones bajo su mundo superior—o exterior—suelto y ligero: la trascendentalidad de su afán intrascendente; el peso grave de su liviandad exterior; el desgarrón de su mundo exteriormente casi intacto, son razones que me hacen ver como muy nuestra toda su grave lección de poesía.

Me interesa, un río tan olvidado en Chile, como el de Pablo de Rokha a quien ni se ha hecho justicia, ni se le ha meditado siquiera con el silencio responsable que merece.

Cierto es que hay acarreo—innesesario—en él; cierto también que cierto tono impuro parece estar sobrante en su mundo, pero no deja de ser grande esta deformidad maciza de su obra, el acento de impura avalancha bella de su mundo.

A trechos, alcanza un grandioso derrumbe, en su tortura, y cósmico, torturado, chorreante de desesperación, parece correr sin límites nuestra «loca geografía»,

Se ha quedado solo—como Nietzsche de piedra, como Lautremont de oro—y ha llorado sus poemas más que los ha escrito; ha llorado con su angustia más que con su alegría, y cuando ha sido alegre, en su poesía, lo ha sido con esa desesperada alegría trágica que informa la alegría de Chile.

Disparejo, y no por eso menos bello su mundo de poesía; temido, perseguido, acorralado, y no por ello menos libre, infinito, dueño.

Aun en sus vacilaciones, aun en sus empuje de toro ciego en un cielo de hombres, ángeles y demonios, donde se asienta la poesía, siempre nos es de Chile con piedras e impurezas de la atmósfera nuestra, pero también con su cruda, primaria y atormentada hermosura.

Quedándose solo, con un sentido menos espectacular y mañoso de su mercadería divina, ha servido para que otros orbes poéticos—como el de Neruda por ejemplo—se nutran y enriquezcan.

El río de Pablo de Rokha, camino de su soledad de Chile parece entonar la más trágica y doliente de sus tonadas y respirar el aire porfiado, torturado y dispar, de nuestra tierra al fin de las tierras.

Se diría que la poesía de Angel Cruchaga Santa María, tan aristocráticamente rendida, tan finamente sutil y profunda, cae, al caer en la soledad y la muerte, en uno de los temas preferidos de Chile. Por los grandes y altos ventanales de su mundo, chorrea la muerte con sus redes y sus sueños, y el poeta—locamente—busca a Dios con no escasa desesperación.

Ha creído encontrar en la mujer y su elogio, el descanso a su interrogación de residente mortal de la tierra. Ha ido a Dios, sin descansar del todo en sus preguntas. «La enfermedad mortal es la desesperación», parece decir éste con Soeren Kierkegaard, y sólo halla relativo descanso cuando en el sur canta a la muerte aunque sin curarse de ella. Queda en el plano del cristiano que sobre el hombre natural tiene conciencia

de su desesperación, puede no pero llegar a la zona de beatitud en que es posible curarse de ella (Kierkegaard).

Me ha parecido siempre el ángel tembloroso de la poesía de Chile. Temeroso, recogido, volando cerca del Dios y del destino.

Su lámpara ha dado una luz sola que parece no descansar, Su lámpara que vive en la soledad como durmiéndose que-rrá salvarlo para que nos dé esa otra zona que de él nos falta; su introducción definitiva en la pulpa—el hueso— de nuestra muerte chilena, tan diferente a las otras.

Su «ciudad invisible», en la niebla del cielo más ideal, se me abalanza adulta ya, por el tiempo, madurada en no sé qué ardor central de misteriosos hechos, para darnos esa otra ciudad visible desde la muerte.

El río avanza desde el cielo angustiado de Vicente Huidobro—cielo libre, no creyente—y pasa por la circunstancia angustiosa del campo chileno de Pablo de Rokha. Remonta aún el río y toca las corrientes de esta poesía de Angel Cruchaga, donde la muerte y el amor giran como la abeja empecinada.

Sigue el río y debe recoger el acento castizo y puro, la angustia española y nuestra de Gabriela Mistral, el orbe subterráneo de Rosamel del Valle y de nuestros poetas más recientes. Atraviesa por la circunstancia de la poesía anterior de Pablo Neruda, y se detiene en su terrestre melancolía, puesta a prueba de fuego en el Oriente y a fuego de derrota, en seguida. Quiere cerrar esta gran soledad, al fin, en uno de los orbes que me ha acompañado con mayor porfía, con mayor desvelo y enseñanza: La poesía de Humberto Díaz Casanueva.

Hé entendido que todos los trabajos, y todos los ríos, parecen ir al centro del hombre, y su vigilia por dentro primera, se ha transformado en una dionisiaca furia interior. Ha tomado sobre sí viejas herencias de seculares aguas, y con meridiana porfía ha ido cavando en sí el mundo. Trabajo más sordo, más desesperado y tenaz, no hay mejor para el poeta.

El viejo río de Europa parece haberse remozado en este poeta del mundo profundo y maduro desvelo.

Quiero situar su poesía para cerrar estas soledades. Quedan estos ríos con su vigilia y circunstancia, y como los ríos van a la mar, he querido que, siquiera una muestra—una gota de ellos—vayan a esta soledad ideal donde los quiero, donde ellos están y trabajan.

Si alguna parte de sus aguas puede en el trópico bello y diverso, cavar una nueva y desconocida hondura en su dimensión distinta, queden aquí con su nuevo resplandor de humanidad y belleza.

Por sus aguas he sentido crecer y trabajar mucha hermosura, y ellos me han enseñado no se qué ciega comprensión hacia su alma de origen.

Mar distinto, tierra distinta y una de donde ellos brotan, no me sería extraño verlos en la soledad del sur vagando como incomprendidos fantasmas de esta radiante eternidad momentánea.

Ríos diversos que en soledad se despeñan y a la soledad vuelven como la luz al mundo.

Me han vuelto al mundo de Chile bello, con su relumbre infatigable y su hermosura.